

LIBROS

Derwas J. CHITTY: *The desert a city. An introduction to the study of Egyptian and Palestinian monasticism under the Christian Empire*. Oxford, Blackwell, 1966. xvi 22 pp. 3 mapas, 17 ilustr.

Con el año 313 se abre una era de paz para la Iglesia hasta entonces perseguida; y en ese mismo año, en diferentes y distantes regiones de Egipto, se producen tres hechos de indudable importancia para el futuro desarrollo de la vida monástica. En Alejandría, el Papa de esa ciudad, Alejandro, recibe en su casa a un niño, quien después sería el grande Atanasio; en el Egipto medio, Antonio el solitario se retira a un oasis al pie de una montaña, hacia el Mar Rojo; en el Egipto superior, Pacomio, recién licenciado del ejército, pide el bautismo en Chenoboskion. Más adelante, Atanasio, llegado a la sede de Alejandría, buscaría refugio y ayuda entre los monjes pacomianos, y demostraría su admiración por Antonio escribiendo su biografía, uno de los textos esenciales de la espiritualidad cristiana y “la primera gran proclamación del ideal monástico”.

Así comienza el libro que presentamos, obra de un párroco anglicano, educado en Oxford y que vivió casi toda su vida a la sombra de su Alma Mater, prendado del Oriente monástico y de la espiritualidad ortodoxa desde su residencia durante cinco años en Palestina (1925-30). Invitado a pronunciar las Birkbeck Lecturas en 1959-60, pudo aportar en ellas su saber adquirido en el silencioso trabajo de tantos años. Estas son las que aparecieron algunos años después, en 1966, con el título (que traducimos) : “El desierto una ciudad”. Este se refiere al texto de la Vita Antonii, cáp. 14, reproducido en el frontispicio: “El desierto se pobló como una ciudad” (*epolithe*), a causa de los monjes que renunciaban a sus propiedades y se enrolaban en la vida celestial.

El mérito principal de la obra consiste en que presenta la historia de los orígenes monásticos en Egipto y Palestina, deteniéndose en las personalidades más descolantes, estudiando los problemas literarios, y poniendo a personas y hechos en relación con los sucesos de la historia contemporánea. Para ilustrar las ventajas que resultan de esta visión de conjunto, baste considerar cuanto puede ayudar a la recta comprensión de un personaje, de un movimiento espiritual, de un monasterio, el referir su militancia religiosa en alguna de las innumerables querellas teológicas, su carrera oficial o eclesiástica, su filiación doctrinal o espiritual. Lo que estábamos acostumbrados a separar: la historia eclesiástica, la historia de los dogmas, la historia monástica, se unen en un vasto cuadro que incluye a las campañas militares y la evolución política bizantina, pues tal era la estructura de la “polis” cristiana. Es bueno recordar que Sofronio, el Patriarca de Jerusalén y defensor de la ortodoxia en la controversia monotelita, había visitado, cuando joven, los monasterios de Silicia y de Siria, acompañando a Juan Mosco, el autor del Prado Espiritual (P.154), o las profundas implicaciones políticas de la actividad religiosa de los monjes palestinenses Eutimio y Sabas. El desarrollo del monacato y realizó en momentos históricos determinados, y los personajes más influyente³ del Estado y de la Iglesia estaban vinculados estrechamente con los monjes. En Egipto y en Palestina encontramos, a cada paso, las referencias políticas y religiosas de la vida de los monjes, aun en textos que, en una lectura superficial, parecería exclusivamente dedicados a la ascética.

El plan de la obra es simple. Sus nueve capítulos se estructuran según un plan cronológico, al que acompaña un desplazamiento progresivo del foco de interés: desde Egipto hasta Palestina. El primero, “El llamado”, se refiere a la vocación de Antonio y Pacomio, a la obra de Atanasio, a la fundación de Nitria y de Scetis y a los inicios monásticos en Palestina. El segundo, “La

institución”, muestra el desarrollo organizado, en Egipto, de las formas descritas en el capítulo precedente. Retomando una teoría que le es cara defiende el A. la precedencia de la Iª Vida griega de Pacomio sobre los documentos similares existentes en copto. La exposición sobre Nitria y Scetis es clarísima, y servirá para comprender la vasta producción literaria de los viajeros del siglo IV. El tercer capítulo, “Entra el mundo”, presenta justamente esa literatura, y precisa su propósito y límites, a la vez que estudia su influencia. “Después de tres generaciones” es el título del cuarto capítulo. La decadencia de los centros monásticos egipcios tiene su feliz contraparte: al entrar en la era “retrospectiva”, los monjes perpetúan en escritos que han llegado hasta nosotros, el ideal y las memorias de los santos Padres, Los Apotegmas, que siguiendo a W. Bousset el A. data de la primera mitad del siglo V. y atribuye al medio del abad Poimén (Pastor), en Scetis, son analizados aquí. La destrucción de Scetis en 407-8, a la que sigue otra, también causada por los bárbaros, en 434, hace emigrar a muchos solitarios. Y el interés del A. los sigue, desplazándose con los más notables de entre ellos, hasta Palestina. A esta región están dedicados los capítulos restantes, con excepción del noveno: “Una alta montaña alejada”, que habla del Sinaí. La obra de Chitty, pues, cubre un período que va desde los principios del siglo IV hasta mediados del siglo VII, o sea desde la proclamación de la tolerancia al cristianismo en el imperio, hasta la ocupación por el Islam de los territorios estudiados. Completan el volumen, índices de personas y de materias, una utilísima tabla cronológica que comprende hechos generales y sucesos monásticos de Egipto y Palestina, y una bibliografía que comprende todas las ediciones importantes.

Este resumen permite apreciar las ricas perspectivas que abre el A., no solo sobre los monjes de Palestina, su campo preferido y mejor conocido, sino también sobre los egipcios. Y siempre, vale la pena repetirlo, en presentación sincrónica de los hechos de la gran historia civil y eclesiástica, ilustrando los acontecimientos monásticos, y viceversa. El valor propiamente histórico de las fuentes monásticas es puesto en evidencia, y sale reforzado su valor espiritual, en cuanto podemos vincular la fe y la espiritualidad de esos hombres, a veces poco conocidos, con el medio eclesial en que vivieron. Asimismo, las fuentes históricas adquieren vida, se hacen más cercanas a nosotros, cuando descubrimos que en ellas vive el alma de estos hombres, extremados a veces, pero sinceros en su búsqueda de Dios.

Chitty no relata los hechos desde afuera, como un mero espectador. Está comprometido por su simpatía -por su entusiasmo, diría-, por su comprensión de lo que es la vida monástica. Esto no va en desmedro de su objetividad histórica, sino que lo ayuda a ubicar los hechos en su debido lugar. Nos lo demuestra ya, desde el Prólogo: “Podemos estar seguros de una cosa: el hacer del desierto una ciudad no fue una mera huida, ni un rechazo de la materia como algo malo... Estaba enraizado en un fuerte realismo de fe en Dios y aceptación de la batalla, que no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y las potestades, contra los dominadores de estas tinieblas...”. Y concluye: “¿No es esto una provocación aún hoy?” (p. xvi). Del mismo modo afirma el origen cristiano del monacato, que no se debe a filosofías paganas, y su alto sentido religioso, como en la bella evocación del texto evangélico, la casa construida sobre la roca que resistió a vientos y tempestades, aplicado al célebre monasterio de Mar Saba (p. 163).

Como la perfección no es de este mundo, se podrían hacer reproches al A. En efecto, algunas citas son incorrectas (¿o son errores de imprenta?). y las cronologías precisan aquí y allá alguna corrección, como en el caso de Paladio, atendiendo a los textos de la *Historia Lausiaca* allí mismo citados (p. 50). Después de la publicación del Isaías siríaco por el profesor R. Draguet, la identificación entre Isaías de Scetis y su homónimo de Gaza no es nada segura (p. 73). Pero es verdad que la obra que comentamos fue publicada dos años antes que la de Draguet. Vastas regiones, igualmente dignas de estudio, no son tratadas por el A.: el monacato sirio, el movimiento de Chenute y los monasterios junto al Nilo, de que habla Sulpicio Severo y Casiano, las comunidades ascéticas de Basilio en Capadocia. A partir del capítulo cuarto no se menciona a los monjes de Scetis y Nitria sino incidentalmente, y los pacomianos desaparecen sencillamente de la escena. Tal vez sorprenda al lector occidental que se consagre tan poco espacio a Casiano, que es hoy el más conocido de los escritores monásticos de su siglo. Pero esa

aparente injusticia se explica porque, en realidad, Casiano no representa mucho dentro de la tradición oriental, y ha sido su extraordinaria fortuna como divulgador de sus experiencias monásticas en Egipto y Palestina, lo que le ha dado crédito y fama en Occidente. Estas inevitables opciones ponen en relieve, por otra parte, el valor de las trataciones detalladas acordadas, entre otros, a Barsanufio y Juan, los reclusos de Thavatha en el siglo VI, cuya correspondencia está publicando críticamente el erudito A., a san Sabas, al mismo Isaías y su obra.

Se trata, en fin, de un libro útil para quienes deben estudiar la historia monástica, para quienes desean iniciarse a la lectura de los Padres, para quienes desean tener un cuadro completo de la vida eclesial durante los primeros siglos del imperio cristiano en oriente. Para los monjes es alentador encontrar tanta simpatía unida a la erudición y ello nos abre a las perspectivas de una comunión auténticamente cristiana con quien es capaz de sentir y describir de esta manera nuestra propia tradición. Pero tal vez esto de la “tradición propia” sea un concepto que debe renovarse, y dar lugar a uno más vasto de “tradición en la comunión, en la participación común a los bienes espirituales”, como los que un autor anglicano descubre en los textos que nosotros tenemos constantemente ante nuestros ojos y forman nuestra herencia y nuestra enseñanza. Una obra que desearíamos ver traducida a nuestra lengua, ya que cumplirá lo que hasta ahora ninguna otra hace: introducir de verdad y hasta adentro, en el estudio y en la comprensión del monacato primitivo.

Los Toldos, 12 de julio de 1969

B. GUASP GELABERT: *La vida ermitana a Mallorca. Epoca anacorética*. Vol. I (Palma, Imprenta SS. Cors), 1969 146, (4) pp.

La abundante producción literaria de don Bartolomé Guasp, en castellano y en catalán de Mallorca, siempre centrada en las ermitas mallorquinas, aumenta con este nuevo título, retomado del de una obra publicada hace casi 5 lustros: *La vida ermitana a Mallorca des del segle XIII a l'actualitat*, (Palma, 1946). Esa obra no fue llevada a término -apareció solamente el primer volumen-, y el A. en vez de continuarla, ha preferido renacerla. En este primer tomo presenta el período que va desde la Reconquista (siglo XIII) hasta la reestructuración llevada a cabo por el Ermitaño Juan de la Concepción (1624-1688).

Sin querer pronunciarme sobre la calidad del material netamente mallorquín incluido en el pequeño volumen, sobre el cual se expresarán otros más competentes que yo, cabe recomendar la labor, larga de casi 50 años, del investigador y del escritor. Labor nacida del amor a una institución entrañablemente ligada a la Iglesia y a la cultura de Mallorca; labor, cuyo fin no es la erudición, sino que incluye la preocupación por mantener vigente una tradición; haciéndola presente a sus herederos de hoy. Las publicaciones de don Bartolomé Guasp se encuentran elencadas en las págs. 205-206 de su: *Hubo jerónimos y trapenses en Mallorca, Siglos XV y XIX. Ascetismo eremítico*, Palma 1967, y las más importantes están citadas igualmente en la bibliografía que ofrecen los artículos de J. Massot Muntaner: *Dos nuevos documentos para la historia del eremitismo mallorquín*, en: *Yermo* 2 (1964) 243-247, y J. N. Hillgarth: *Some notes on Lullian Hermits in Majorca, saec. XIII-XVII*, en: *Studia Monastica* 6 (1964) 299-328. Como se puede ver, éste último artículo abarca justamente el período del cual se ocupa Mn. Guasp.

La obra que reseñamos no difiere grandemente de las anteriores: la materia reproduce la del libro publicado con título casi idéntico en 1946, y la de otras publicaciones posteriores. No se advierte que la bibliografía haya sido actualizada, ni, en una rápida lectura, hay novedades de cuantía respecto a lo que ya se sabía por las obras del mismo A. Hay un defecto que es común a la producción del P. Guasp, y que no falta en la obra que reseñamos: la confusión bibliográfica. Sus propias publicaciones llevan títulos semejantes, y es casi imposible distinguir las entre sí; sus publicaciones más recientes reproducen el texto de sus publicaciones anteriores, sobre todo

artículos de revistas, indicando vagamente sus procedencia (cf. pp. 139 ss.) o sin indicarla (p. 42 debería referirse además a la obra cit. *Hubo Jerónimos...*, pp. 60-61); en las notas no se sigue un criterio uniforme para la citación de libros o documentos, y todo esto podría demostrarlo con innumerables ejemplos.

En el aspecto estrictamente histórico -recuérdese que el género literario que practica Mn. Guasp está a mitad de camino entre la edificación piadosa y la recopilación de memorias históricas-, y sin entrar en mayores detalles, nótese la atribución de la Fundación de las Ermitas cordobesas y la introducción del eremitismo en España al Obispo Osio (pág. 13), legendaria, y como, al mencionar a los frailes borgoñones que alentaron a fray Juan de la Concepción en sus inicios de vida solitaria, no hace ningún esfuerzo para identificar su procedencia (pág. 128). Sospecho que la única fuente que conocen nuestros historiadores es la referencia en la obra del P. Miguel Monserrate Geli: *Libro de la vida monástica y eremítica...*, Mallorca 1670, que se han copiado unos a otros. Con todo, nadie mejor que el A. para esclarecer este punto, buscando en los archivos isleños. Como sugiere el P. Colombás podría tratarse de religiosos de la Congregación de San Pablo, extendida en Hungría y Polonia, y que en un momento tuvo como Filial a la Congregación portuguesa del mismo nombre.

En resumen, la obra es interesante y, al igual que las anteriores, respira frescura y sinceridad. Para quienes no tienen acceso directo a las fuentes de la historia eremítica mallorquina -historia de una realidad local, limitada, pero fértil y significativa dentro de su marco-, es una introducción a su conocimiento. Especialmente, esta *Vida ermitana* que reseñamos, es como un compendio de la ciencia del A. y del material que recogió en innumerables publicaciones, casi inaccesibles. Esperemos que obras más sustanciosas y eruditas completen el esbozo que nos traza el A.. a quien ciertamente debemos que los ermitaños mallorquines sean los más conocidos en su historia y su desarrollo entre todos los grupos eremíticos españoles. A don Bartolomé Guasp deseamos que pueda continuar con su trabajo, hasta completar la obra con su segundo volumen.

Por todo lo bueno que hay en este libro y el respeto que merece la persona y la ciencia de su A. es mejor pasar bajo silencio las notas polémicas que cierran el libro, y que alcanzan niveles de pésimo gusto, y que deseáramos no encontrar más en una publicación suya.

San ELREDO DE RIEVAULX: *La amistad espiritual*. Introducción notas y traducción por Fr. Martín Ma. García... Madrid, Studium, 1969. 158 pp. (Fuentes de Espiritualidad Monástica..., 2).

Es un signo de los tiempos que, en plena renovación postconciliar de la vida religiosa, haya quien se ocupe de estudiar y traducir a los Padres y autores antiguos. Todos sabemos que una renovación bien ordenada debe partir del conocimiento de los orígenes. Por eso es bueno y útil que se publiquen los textos de nuestros Padres monásticos y se los estudie y haga accesibles a los que hoy son sus herederos ya que la mejor formación se adquiere en la lectura directa de sus obras. La colección "Fuentes de espiritualidad monástica", que publica la Editorial Studium, está dirigida por un monje trapense de Osera. El libro que presentamos es el segundo de la serie, pues lo precede la "Carta de Oro" de Guillermo de Saint-Thierry, y se anuncian otros dos: "El espejo de caridad" y "Cuando, Jesús cumplió doce años", ambas obras del mismo Elredo que escribió nuestro Tratado de la amistad. Tan buena iniciativa merece ser conocida y alabada, y los hermosos textos que publican, leídos.

El particular, la "Amistad espiritual", de Elredo, es un breve pero simpaticuísimo escrito, en forma de diálogo, en que se define y describe la amistad y se dan algunas normas para que, sea duradera y feliz. No asombre que se trate este tema entre monjes: el P. Hausherr escribió hace algunos años un artículo sobre los Padres y la amistad, para el volumen ofrecido al abad de Boquen: "Le message des moins à notre temps", y esta obrita de Elredo confirma que la Edad

Medía no fué ajena a este espíritu de los padres, descrito por el P. Hausherr. Elredo, quien vivió aproximadamente entre los años 1110 y 1166: fue monje de Rievaulx, cerca de York. Perteneció a esa segunda generación de cistercienses que prolongaron, con su espiritualidad ferviente y sus características tan humanas, a la vez, la influencia de San Bernardo de Claraval. Recorriendo la “Amistad espiritual” encontramos innumerables pruebas de este doble aspecto: la referencia constante a la S. Escritura, las exclamaciones afectivas, como la mención del Nombre dulcísimo de Jesús que conquistó la sensibilidad toda del monje Juan, uno de los interlocutores de Elredo; el uso de Cicerón, el autor latino más admirado por los monjes medievales, como lo demostrara el P. Leclercq en su obra: *Cultura y Santidad*, justamente citada en la Introducción del P. García. Las costumbres y la vida cotidiana de un gran monasterio inglés del siglo XII se trasluce en las páginas de Elredo: el silencio no era absoluto, en cuanto permitía los coloquios sobre temas diversos, antes de la cena; la queja espiritual, pero no menos incisiva, de un monje acerca de su abad, que se demoraba hablando con seculares. Pero es el tema de la amistad el que hace precioso a este librito. Si la amistad es siempre un bien y motivo de gozo, cuanto más entre religiosos. En efecto, aunque no tengan propiedades que ceder o prestar, que sería una prueba de amistad, pueden demostrar espiritualmente que se aman. Un texto, al final del tratado, me parece que resume bellamente todas las riquezas de la amistad y, en especial, la que nace de la fraternidad religiosa: “¡Cuan dulce, cuan suave es para los hermanos habitar juntos! ¡Qué maravilloso es, entonces, condolerse mutuamente, trabajar juntos, soportar uno la carga del otro, olvidarse de sí mismo por atender al amigo, preferir su voluntad a la propia, remediar gustoso sus necesidades antes que las nuestras, oponerse a los males, que le amenazan, exponerse por él a cualquier peligro! Entretanto, ¡qué gozo para ellos intercambiar ideas, comunicar sus aspiraciones, examinar juntos todo y estar acordes en todo!”.

Una introducción de Martín María García, editor de la serie, precede al tratadito. Para la parte biográfica sigue con bastante fidelidad al artículo: “Aelred”, de Don Le Bail, abad de Chimay, en el *Dictionnaire de Spiritualité*, pero cita igualmente y utiliza la bibliografía moderna sobre Elredo. La versión castellana es agradable y se lee con facilidad. Se han escapado algunos errores de imprenta que hubiera sido fácil corregir. En la tapa y en el lomo se escribe “Rievaulx”, y en el frontispicio “Rievoulx”, mientras que en el texto se usa siempre el nombre auténtico del histórico monasterio: Rievaulx. El estudioso benedictino Hosté ve su nombre maltratado: Harte (p. 8, nota 3) o Hosté (p. 16, notas 31 y ss.), pero las más de las veces se lo escribe correctamente. ¿Por qué no citar la versión castellana de la obra famosa del P. Leclercq: “L’amour des lettres et le désir de Dieu?”.

Una edición útil de un texto valioso, que deseáramos saber que se encuentra en todas las bibliotecas religiosas y monásticas, en esta época justamente en que tanto se habla de vida familiar y de amistad entre los hermanos.